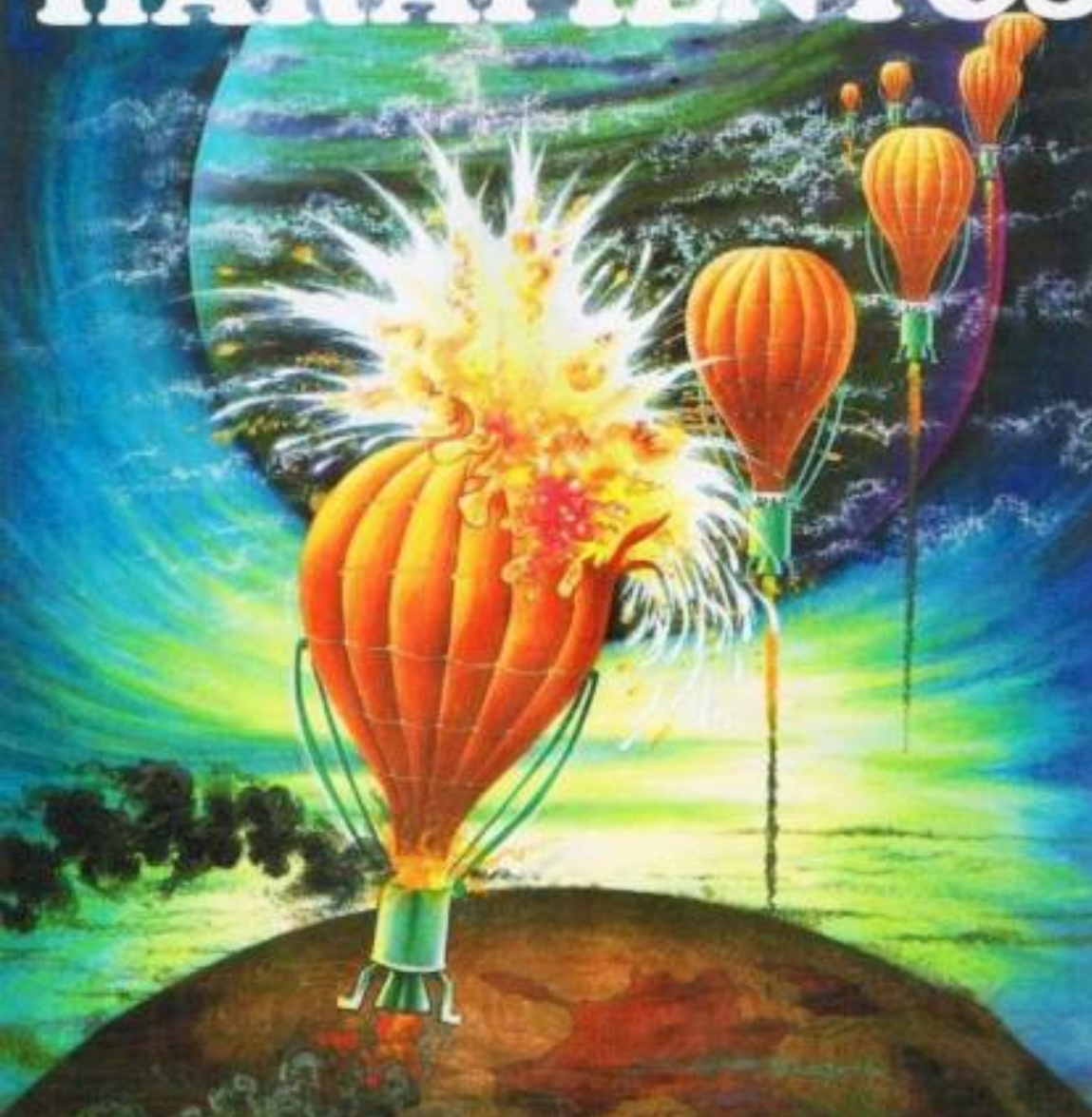


BOB SHAW

LOS

ASTRONAUTAS
HARAPIENTOS



Los mundos gemelos, Land y Overland, sólo están separados por unos miles de kilómetros; y sus órbitas son tales que Overland siempre aparece situado en el mismo lugar del cielo, llenando gran parte de él y visible en todos sus detalles, cuando se asoma sobre Land. Los humanos que habitan Land, al carecer de metales, sólo han podido desarrollar una tecnología de bajo nivel. Durante siglos, han vivido de forma bastante estable; pero en el momento en que comienza esta historia, su existencia está amenazada. Los pterthas, una especie de burbujas llenas de humo que flotan en el aire y que siempre han sido peligrosas, parecen haber declarado la guerra a la humanidad. Ni los filósofos, que tienen a su cargo la investigación científica además de ser los elaboradores de las teorías y sustentadores de las ideas, ni los militares dirigidos por el príncipe Leddravohr, ni el industrial supremo, príncipe Chakkell, ni aun el mismo rey Prad, comprenden la magnitud del peligro y la acuciante necesidad de encontrar una solución.

Sólo Glo, el gran filósofo, viejo, decadente, borracho y menospreciado por todos, incluidos los de su clase, propone una solución audaz y aparentemente inaceptable...

CAPÍTULO 1

PARA TOLLER Maraquine y algunos más que observaban desde tierra, era obvio que la aeronave se precipitaba hacia el peligro pero, increíblemente, su capitán parecía no darse cuenta.

—¿Qué se cree ese imbécil que está haciendo? —dijo Toller en voz alta, aunque no había nadie cerca que pudiera oírlo.

Se protegió los ojos del sol para divisar mejor lo que estaba ocurriendo. El paisaje era familiar para cualquiera que viviese en aquellas longitudes de Land; el impecable mar añil, un cielo azul pálido con pinceladas blancas y la brumosa vastedad del mundo hermano, Overland, suspendido inmóvil junto al cenit, con su disco atravesado una y otra vez por franjas de nubes. A pesar de la claridad del antedía, se podía distinguir algunas estrellas, incluso las nueve más brillantes que constituían la constelación del Árbol.

Con ese telón de fondo, la nave se dejaba arrastrar por una leve brisa marina; el piloto reservaba los cristales de energía. El vehículo se dirigía directamente hacia la costa; su envoltura azul grisácea se redujo a un círculo, un diminuto eco visual de Overland.

Avanzaba de forma ininterrumpida, pero su capitán aparentemente ignoraba que aquella brisa en la que viajaba hacia tierra era muy superficial, con una profundidad de no más de noventa metros. Sobre ésta, y en dirección opuesta, soplaba un viento de poniente procedente de la meseta Haffanger.

Toller pudo deducir con precisión las corrientes y contracorrientes de aire porque las columnas de vapor de los crisoles del pikon a lo largo de la costa eran arrastradas ha-

cia tierra sólo una corta distancia antes de elevarse y volver hacia el mar. Entre esas bandas de niebla producidas por el hombre había jirones de nubes procedentes de la cumbre del altiplano; ahí se encontraba el peligro para la aeronave.

Toller sacó de su bolsillo un pequeño telescopio que llevaba desde su infancia y examinó las capas de nubes. Como más o menos esperaba, le bastaron unos pocos segundos para distinguir varias manchas difusas de color azul y magenta suspendidas en la matriz de un vapor blanco. Un observador casual no las habría advertido o las habría despreciado creyendo que las vagas motas eran sin efecto óptico, pero la sensación de alarma de Toller se hizo mucho más intensa. El hecho de haber sido capaz de reconocer algunos pterthas tan deprisa, significaba que toda la nube debía de estar plagada de ellos, llevando ocultamente cientos de criaturas hacia la nave.

—Usen un luminógrafo —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. Digan a ese loco que dé la vuelta, o que suba, o que baje, o...

Profiriendo incoherencias por las prisas, Toller miraba a un lado y a otro, intentando decidir una manera de actuar. Las únicas personas visibles entre los crisoles rectangulares y los bidones de combustible, eran los fogoneros y rastrilladores semidesnudos. Parecía que todos los capataces y funcionarios se hallaban en el interior de los edificios de anchos alerones característicos de la estación, huyendo del creciente calor del día. Las estructuras bajas eran típicas del estilo kolkorrónico (ladrillos amarillos y naranjas dispuestos en complejas configuraciones romboidales, revestidos con arenisca roja en todos los cantos y esquinas) y en cierto modo recordaban a serpientes adormecidas bajo la intensa luz del sol. Toller ni siquiera pudo avistar a un oficial en las estrechas ventanas verticales. Sujetando con una mano la espada, salió corriendo hacia el edificio de los supervisores.

Era excepcionalmente alto y musculoso para ser un miembro de las órdenes filosofales, y los trabajadores que

cuidaban los crisoles de pikon se apartaron rápidamente para no cortarle el paso. Justo cuando llegaba al edificio de una planta, un controlador subalterno, Comdac Gurra, salía llevando un luminógrafo. Al ver a Toller dirigiéndose apresuradamente hacia él, retrocedió e hizo como si fuera a entregarle el instrumento.

Toller lo apartó.

—Hágalo usted —dijo con impaciencia, disimulando que también él habría sido demasiado lento para ensartar las palabras de un mensaje—. Usted ya lo tiene en sus manos; ¿a qué espera?

—Lo siento, Toller.

Gurra apuntó con el luminógrafo a la aeronave que se acercaba y las tablillas de vidrio de su interior empezaron a castañear al accionar el gatillo.

Toller saltaba de un pie a otro buscando alguna señal de que el piloto recibía y atendía el aviso del haz luminoso. La nave se desplazaba a la deriva hacia delante, despreocupada y serena. Toller alzó su telescopio y concentró su mirada en la barquilla pintada de azul, sorprendiéndose al ver que llevaba el símbolo de la espada y la pluma, que indicaba que la nave era un mensajero real. ¿Qué razón podría tener el rey para comunicarse con una de las más remotas estaciones experimentales del gran Filósofo?

Después de lo que pareció una eternidad, su visión incrementada le permitió distinguir apresurados movimientos en la baranda de la plataforma delantera. Unos segundos más tarde había una humareda gris a la izquierda de la barquilla, que delataba que los tubos de propulsión laterales entraban en ignición. La envoltura de la aeronave se agitaba y todo el conjunto se inclinó cuando el aparato viró hacia la derecha. Durante la maniobra perdió altura rápidamente, pero para entonces ya estaba rozando la nube, desapareciendo de la vista de vez en cuando al ser envuelta por los zarcillos vaporosos.

Un gemido de terror, minimizado por la distancia y la corriente de aire, llegó hasta los silenciosos espectadores de la costa, haciendo que algunos hombres se inquietasen.

Toller supuso que alguien en la nave había encontrado un ptertha, y sintió un escalofrío de pánico. Era algo que le había sobrecogido muchas veces en malos sueños. La esencia de la pesadilla no estaba en las visiones de muerte, sino en la sensación de absoluta desesperación, en la inutilidad de intentar resistirse después de que un ptertha había conseguido aproximarse, situando a su víctima dentro de su radio destructivo. Enfrentado a asesinos o a animales feroces, un hombre podía, con independencia de lo arrolladora que fuese la fuerza, luchar y de esa forma aspirar a una extraña reconciliación con la muerte, pero cuando llegaban las burbujas lívidas rastreando y trepidando, no habría nada que hacer.

—¿Qué pasa aquí?

El que hablaba era Vorndal Sisstt, jefe de la estación, que había aparecido en la entrada principal del edificio de los supervisores. Era un hombre maduro, con una cabeza redonda y calva y la postura severamente erguida de una persona acomplejada por tener una estatura menor de lo normal. Sus pulcras y bronceadas facciones mostraban una mezcla de enojo y aprensión.

Toller señaló la nave que descendía.

—Algún idiota ha hecho todo este recorrido para suicidarse.

—¿Hemos enviado un aviso?

—Sí, pero creo que demasiado tarde —dijo Toller—. Hace un minuto había pterthas alrededor de la nave.

—Eso es terrible —dijo Sisstt con voz temblorosa, pasándose el dorso de la mano por la frente—. Daré la orden de que eleven las pantallas.

—No es necesario; la base de la nube no baja más y las burbujas no vendrán hacia nosotros a través del campo abierto y a plena luz del día.

—No voy a arriesgarme. ¿Quién sabe lo que...? —Sisstt se interrumpió y lanzó una mirada feroz a Toller, satisfecho de encontrar la forma de dar salida a su irritación—. Exactamente, ¿cuándo se le autorizó a tomar decisiones aquí, en lo que yo creía que era mi estación? ¿Le ha ascendido el gran Glo sin informarme?

—Nadie necesita ascender en lo que a usted respecta —dijo Toller, reaccionando maliciosamente al sarcasmo del jefe, con su mirada fija en la aeronave que ahora descendía hacia la costa.

Sisstt aflojó la mandíbula y sus ojos se estrecharon, al tiempo que intentaba deducir si el comentario se refería a su estatura o a sus facultades.

—Eso es una insolencia —le recriminó—. Una insolencia y una insubordinación, y haré que llegue a oídos de ciertas personas.

—Deje de gimotear —dijo Toller, dándose la vuelta.

Bajó corriendo la suave pendiente de la playa hasta donde un grupo de trabajadores se había reunido para ayudar al aterrizaje. Las múltiples anclas de la nave surcaron la espuma y subieron sobre la arena, dejando su rastro oscuro que contrastaba con la blanca superficie. Los hombres asieron las cuerdas, intentando con su peso contrarrestar los caprichosos intentos de la nave de alzarse con las corrientes. Toller podía ver al capitán inclinado sobre la baranda delantera de la barquilla dirigiendo las operaciones. Parecía que en la nave había cierta confusión y varios hombres de la tripulación forcejeaban entre sí. Posiblemente alguien, que había tenido la mala fortuna de encontrarse con un ptertha demasiado cerca, habría enloquecido, como a veces ocurría, y estaría siendo reducido a la fuerza por sus compañeros.

Toller avanzó, agarró un cabo suelto y lo mantuvo tenso, ayudando a dirigir la nave hacia las estacas de amarre que bordeaban la costa. Al final, la quilla de la barquilla crujió contra la arena y los hombres de camisas amarillentas salta-

ron por el costado para asegurarla. Estaba claro que la proximidad del peligro los había desconcertado. Sudaban copiosamente mientras apartaban a los trabajadores del pikon con excesiva fuerza, y empezaban a amarrar la nave. Toller comprendía sus sentimientos y sonrió con simpatía al ofrecer su cuerda a un tripulante que se acercaba; un hombre de hombros caídos con la piel de color terroso.

—¿Por qué sonríe, comemierda? —gruñó el hombre alcanzando la sogá.

Toller tiró de la cuerda y, con el mismo movimiento, formó un lazo, apresando el pulgar del tripulante.

—¡Discúlpese!

—¿Pero qué...?

El tripulante hizo ademán de atacar a Toller con su brazo libre, y sus ojos se abrieron con asombro al descubrir que no se enfrentaba a un técnico científico normal. Volvió la cabeza para pedir ayuda a otros hombres de la tripulación, pero Toller lo atrajo hacia sí tirando bruscamente de la cuerda.

—Esto es algo entre usted y yo —dijo tranquilamente, incrementando la fuerza de su brazo para tensar la cuerda—. ¿Va a disculparse o prefiere que convierta su pulgar en un desecho?

—Se arrepentirá de esto... —Su voz se apagó y se derrumbó jadeante, con el rostro empalidecido, cuando una articulación de su pulgar crujió sonoramente—. Pido disculpas. ¡Suélteme! Pido disculpas.

—Eso está mejor —dijo Toller, soltando la cuerda—. Ahora podemos ser amigos.

Sonrió con cordialidad burlona, sin dar señales del desaliento que sentía crecer en su interior. ¡De nuevo había ocurrido! La respuesta más sensata a un insulto era ignorarlo o responder amablemente, pero su temperamento se había apoderado de su cuerpo en un instante, colocándolo a la altura de un ser primitivo gobernado por sus impulsos. El enfrentamiento con el tripulante no había sido una decisión

consciente y, sin embargo, habría estado dispuesto a lisiarlo si la disculpa no hubiera llegado. Y lo que aún era peor, se sabía incapaz de echarse atrás. El trivial incidente podía haberse transformado en algo muy peligroso para todos.

—¡Amigos! —farfulló el tripulante, apretándose la mano lastimada contra el estómago, con el rostro contraído por el dolor y el odio—. En cuanto pueda volver a coger una espada...

Interrumpió su amenaza cuando un hombre barbudo, con un chaleco bordado de capitán, se dirigió a grandes pasos hacia él. El capitán, de unos cuarenta años, respiraba ruidosamente y el tejido de color azafrán de su chaleco presentaba unas húmedas manchas marrones bajo las axilas.

—¿Qué le pasa, Kaprin? —dijo, mirando con enojo al tripulante.

Los ojos de Kaprin parpadearon funestamente señalando a Toller, después inclinó la cabeza.

—Me enganché un dedo en la cuerda, señor. Me he dislocado el pulgar, señor.

—Trabaje el doble con la otra mano —dijo el capitán, despidiéndolo con un gesto y volviéndose hacia Toller—. Soy el capitán Hlawvert. Usted no es Sisstt. ¿Dónde está él?

—Allí.

Toller señaló al jefe de la estación, que avanzaba torpemente por la ladera de la playa, llevando una túnica gris que se confundía con las rocas.

—Así que ese loco es el responsable.

—¿Responsable de qué? —dijo Toller frunciendo el ceño.

—De cegarme con el humo de esas malditas calderas —respondió Hlawvert, reflejando su enojo y desprecio y recorriendo con la mirada todo el conjunto de crisoles de pikon y las columnas de vapor que ascendían hacia el cielo—. Me han dicho que aquí están intentando fabricar cristales de energía. ¿Es verdad o es un chiste?

Toller, que apenas había recobrado la calma tras el incidente potencialmente desastroso, se sintió molesto por el tono de Hlawntvert. Lo que más lamentaba en su vida era haber nacido en una familia de filósofos en vez de en una casta militar, y pasaba gran parte de su tiempo burlándose de su situación, pero le disgustaba que los forasteros lo hicieran. Observó al capitán fríamente durante unos segundos, alargando la pausa hasta casi convertirla en una clara falta de respeto, después habló como si se dirigiese a un niño.

—Nadie puede fabricar cristales —dijo—. Sólo puede hacerse que se formen; si la disolución es lo bastante pura.

—Entonces, ¿para qué todo esto?

—Hay buenos depósitos de pikon en esta zona. Estamos extrayéndolo del suelo y tratando de encontrar una forma de refinarlos hasta lograr la pureza suficiente para que la reacción se produzca.

—Una pérdida de tiempo —dijo Hlawntvert con repentina seguridad, abandonando el tema y volviéndose hacia Vorndal Sisstt.

—Buen antedía, capitán —dijo Sisstt—. Me alegro de que haya aterrizado sin problemas.

Di órdenes para que sacaran de inmediato las pantallas antipterthas.

Hlawntvert negó con la cabeza.

—No son necesarias. Además, ya ha logrado hacer bastante daño.

—Yo... —Los ojos azules de Sisstt parpadearon con ansiedad—. No le entiendo, capitán.

—Esa niebla y esos humos pestilentes que están arrojando al cielo enmascaran la nube natural. Habrá muertos en mi tripulación; y le acuso de ser personalmente responsable.

—Pero... —Sisstt miró con indignación a la línea de acantilados que se perdía en la lejanía, desde la cual, en una distancia que abarcaba muchos kilómetros, jirones tras

jirones de nubes serpenteaban hacia el mar—. Pero esa clase de nubes es característica de toda esta costa. No entiendo por qué tiene que culparme...

—¡Silencio! —Hlawvert asió con una mano su espada, dio un paso al frente y empujó con la palma de la otra mano el pecho de Sisstt, haciéndole caer despatarrado—. ¿Está poniendo en duda mi capacidad? ¿Insinúa que he sido negligente?

—Claro que no. —Sisstt se levantó gateando y se sacudió la arena de la ropa—. Perdone, capitán. Ahora que llama usted mi atención sobre el tema, me doy cuenta de que el vapor de nuestras calderas puede ser peligroso para las tripulaciones en ciertas circunstancias.

—Debería instalar balizas de alerta.

—Inmediatamente dispondré que lo hagan —dijo Sisstt—. Hace tiempo que debería habérsenos ocurrido.

Toller, que presenciaba la escena, sintió en su rostro un calor hormigueante. El capitán Hlawvert era corpulento, cosa habitual en los círculos militares, pero también fofo y obeso, e incluso alguien de la talla de Sissu hubiera podido derribarlo con la ayuda de unos músculos rápidos y fortalecidos por la rabia. Además, Hlawvert había sido incompetente hasta la criminalidad dirigiendo la aeronave, hecho que intentaba ocultar con sus fanfarronerías; por tanto, un ataque contra él quedaría justificado ante un tribunal.

Pero nada de eso le importaba a Sisstt. De acuerdo con su carácter, el jefe de la estación se inclinaba servilmente sobre la misma mano que lo había injuriado. Más tarde, se excusaría de su actitud cobarde con bromas e intentaría compensarla maltratando a sus subordinados más jóvenes.

A pesar de su curiosidad por el motivo de la visita de Hlawvert, Toller se sintió obligado a alejarse, para dissociarse del abyecto comportamiento de Sisstt. Cuando estaba a punto de hacerlo, un tripulante de cabeza rapada, con la insignia blanca de teniente, pasó rozándolo y se dirigió a Hlawvert.

—La tripulación está lista para su inspección, señor —dijo con voz que denotaba eficiencia.

Hlawnvert asintió y dirigió la mirada a la fila de hombres de camisas amarillas, que esperaban junto a la nave.

—¿Cuántos han tenido contacto con el polvo?

—Sólo dos, señor. Hemos tenido suerte.

—¿Suerte?

—Quiero decir, señor, que si no fuera por su gran habilidad, nuestras pérdidas habrían sido mucho mayores.

Hlawnvert asintió de nuevo, con gesto complacido.

—¿Quiénes han sido?

—Pouksale y Lague, señor —dijo el teniente—. Pero Lague no lo admite.

—¿Se ha comprobado el contacto?

—Lo vi yo mismo, señor. El ptertha estaba solo a un paso de él cuando explotó. Tragó el polvo.

—Entonces, ¿por qué no lo confiesa abiertamente como un hombre? —dijo Hlawnvert irritado—. Un solo pusilánime como ése puede trastornar a toda la tripulación.

Con el ceño fruncido, miró hacia los hombres que esperaban; después, se volvió hacia Sisstt.

—Tengo un mensaje para usted del gran Glo, pero hay ciertas formalidades que debo atender antes. Usted esperará aquí.

El color se esfumó del rostro de Sisstt.

—Capitán, sería mejor que le recibiera en mi despacho. Además, tengo algo urgente...

—Usted esperará aquí. —Le interrumpió Hlawnvert, apoyando con fuerza un dedo contra su pecho y haciendo que el hombrecillo se tambalease—. Será beneficioso para usted conocer qué daños ha causado la polución del cielo.

Pese al desprecio que sentía por el comportamiento de Sisstt, Toller empezó a desear intervenir de algún modo para acabar con aquella humillación, pero existía un protocolo estricto que regía tales asuntos en la sociedad kolkorrioniana. Tomar partido por alguien en un enfrentamiento sin ha-

ber sido invitado, constituía una injuria adicional, porque implicaba que el defendido era un cobarde. Guardando las formas en lo posible, cuando el capitán se dio la vuelta para dirigirse a la nave, Toller permaneció en su sitio interrumpiéndole el paso. Pero el desafío implícito pasó inadvertido. Hlawvert lo esquivó, volviendo su rostro hacia el cielo, donde el sol se acercaba a Overland.

—Acabemos con este asunto antes de que llegue la noche breve —dijo Hlawvert a su teniente—. Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

—Sí, señor.

El teniente marchó precediéndolo hacia los hombres, alineados al abrigo de la aeronave que se agitaba continuamente, y alzó la voz.

—Den un paso al frente todos aquellos que tengan motivos para creer que pronto serán incapaces de cumplir con sus obligaciones.

Tras un momento de duda, un joven de cabello oscuro dio dos pasos al frente. Su cara triangular estaba tan pálida que casi parecía luminosa, pero su postura era firme e indicaba que mantenía el control de sí mismo. El capitán Hlawvert se acercó y colocó sus manos sobre los hombros del joven.

—Tripulante Pouksale —dijo con calma—, ¿ha inhalado el polvo?

—Así es, señor.

La voz de Pouksale era triste, resignada.

—Usted ha servido a su país con valentía y honestidad, y su nombre llegará hasta el rey. Ahora, ¿prefiere la Vía Brillante o la Vía Oscura?

—La Vía Brillante, señor.

—Buen chico. Completaremos su sueldo, como si hubiera llegado hasta el final del viaje, y será enviado a sus parientes más cercanos. Puede retirarse.

—Gracias, señor.

Pouksale saludó y dio la vuelta alrededor de la barquilla de la aeronave, hasta la parte más alejada. Se colocó allí, oculto a la mirada de sus anteriores compañeros, de acuerdo a la costumbre, pero el verdugo que se acercó hasta él, fue claramente visto por Toller, Sisstt y muchos de los trabajadores del pikon situados a lo largo de la costa. La espada del verdugo era grande y pesada, y su hoja de madera de brakka totalmente negra, sin las incrustaciones de esmalte con que normalmente se decoraban las armas kolkorrónicas.

Pouksale se arrodilló sumisamente. Apenas habían tocado el suelo sus rodillas, cuando el verdugo, actuando con misericordiosa prontitud, lo despachó por la Vía Brillante. El escenario que se desplegaba ante Toller, de amarillo ocre y sombras azuladas, tenía ahora un punto focal rojo vivo.

Al flotar en el aire el sonido de la muerte, un murmullo de inquietud recorrió la fila de hombres. Varios de ellos alzaron los ojos para contemplar Overland y el apenas perceptible movimiento de sus labios revelaba que estaban deseando al alma de su compañero muerto un buen viaje hasta el planeta hermano. Pero, sin embargo, la mayoría miraban tristemente hacia el suelo. Habían sido reclutados en las bulliciosas ciudades del imperio, donde existía un considerable escepticismo hacia las enseñanzas de la Iglesia de que las almas de los hombres eran inmortales y alternaban eternamente entre Land y Overland. Para ellos, la muerte significaba muerte; no un agradable paseo por el místico Camino de las Alturas que unía los dos mundos. Toller oyó un tenue sonido ahogado a su izquierda y, al volverse, vio a Sisstt tapándose la boca con ambas manos. El jefe de la estación estaba temblando y daba la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento.

—Si se cae nos llamarán viejas —susurró Toller ferozmente—. ¿Qué le pasa?

—Esta barbarie... —Las palabras de Sisstt apenas se entendían—. Esta terrible barbarie... ¿Qué esperanza nos